



PENDRAGONES II
EL ENCUENTRO

Lorena Lambiaso

PENDRAGONES II
EL ENCUENTRO



Primera edición: mayo 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Lorena Lambiaso

ISBN: 978-84-10253-64-3

ISBN digital: 978-84-10253-65-0

Depósito legal: M-12074-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi padre, cuya presencia invisible me sostiene desde que tengo memoria.
A mis hijos, Zinara y Mauricio, los faros de mi vida.*

NOTA: Los diálogos de varios personajes en el tiempo contemporáneo de la obra están escritos en lunfardo uruguayo. Estas formas de expresión son fundamentales en la construcción de cada uno de dichos personajes.

1

El vuelo de la mariposa

Era un día como cualquier otro en aquel pueblo de principios de la era cristiana; un hermoso día soleado que resguardaba, en sus haces de luz, la cotidianidad de una familia. Había olor a tierra, a madera, a sudor; los jóvenes ya estaban aprendiendo el oficio de carpintero, y los niños más pequeños jugaban y correteaban divirtiéndose, alrededor de su morada.

Una mujer bastante joven, la madre de esa familia, lavaba ropa en una pileta de piedra. Su rostro se veía casi infantil; sus ojos, frescos y vitales; sus brazos, fuertes; su voz, firme y dulce.

Necesitaba más agua. Uno de los niños, el que no cesaba de saltar y reír, no registraba a su madre llamándolo.

—¡Yeshua! ¡Escúchame! —gritó nuevamente la mujer.

—¡Perdón, mamá! —al instante se dirigió hacia su madre—. Dime.

—Por favor, tráeme más agua del estanque —pidió ella, y le extendió un cubo algo pesado.

El pequeño salió tranquilamente y sin protestar. Era un niño muy peculiar, un ser alegre; no solía perder la sonrisa en su rostro. Con un carácter suave y amoroso, a pesar de su corta edad era el soporte emocional de su madre. Cuando ella se sentía abatida o triste le bastaba mirarlo tan solo, descubrir una vez más esos ojos limpios, puros, luminosos, para recuperar el aliento y la vitalidad.

Mientras el niño caminaba rumbo al estanque, delante de sí revoloteaba una bellísima mariposa. Inmediatamente, quedó prendado de sus colores y su vaivén. Comenzó a seguirla con la mirada, cuando a la vez ella daba giros en el aire. Como si fuera parte de un ritual, ambos empezaron a moverse rítmicamente: ¡niño y mariposa parecían danzar juntos! Compenetrados en aquel destello de magia, ella volaba y él corría, hasta que la alcanzaba; entonces ella se deslizaba un poco más, revoloteaba y aguardaba a que el pequeño la aventajara. Y la secuencia se reanudaba, entre vuelo y corrida, colores y alegría.

De repente, en un movimiento súbito, la mariposa desapareció. Como si hubiera percibido algún sonido sordo que la alarmase; como si, de pronto, se hubiese ocultado el sol y fuera muy peligroso permanecer a la intemperie.

El niño la buscaba, miró entre los arbustos, en las flores... ningún rastro se veía de ella...

Dio un paso hacia atrás, y al girarse, se topó con la corpulencia de un hombre. Levantó la mirada y se encontró con un rostro desagradable, unos ojos feroces, una sonrisa socarrona. El niño permaneció inmóvil; era lo suficientemente valiente como para sostenerle la mirada, sin embargo, en su interior, un escalofrío lo recorrió de arriba abajo.

El hombre se agachó para llegar a la altura del niño.

—Menudo trabajo te encomendó tu dios. No te lo vamos a hacer fácil, viniste a sufrir.

El pequeño se dio cuenta, entonces, de que se encontraba ante unos diez hombres, recios, con miradas tenebrosas, sonrisas despreciables, que portaban hostiles gladios, espadas de la legión romana.

Al momento, escuchó otra voz que provenía de sus espaldas.

—Balefar. Por más que lo intentes, no vas a detener el curso del destino.

El niño sintió una gran mano que se posó sobre su cabeza y lo retiró hacia atrás. Se vio protegido tras un hombre también cor-

pulento, y notó que, junto a este, había otros seis hombres más. Todos ellos llevaban espadas.

—¿Cómo estás tan seguro de eso, hombrecito de fe? Nos vamos a encargar de que su mensaje no sea escuchado, si quieren creer en algo crean en eso. Vamos a causarle dolor, mucho dolor. Es hora de que finalmente piensen de qué lado quieren estar.

—Él dará comienzo a una nueva era, a pesar de todos ustedes. Y no hay nada que tengamos que pensar.

Al instante, el sujeto provocador desenvainó su gladio, y junto a él todos sus secuaces. El niño trató de ocultarse tras su protector, cuando fue retirado hacia atrás por otro de los hombres que lo escoltaban. El guerrero protector desenfundó su espada, así como los cinco hombres restantes. El séptimo hombre retiró al niño y le indicó que regresara a su hogar.

El pequeño salió corriendo raudamente mientras los dos grupos comenzaron a cruzar sus armas en un feroz combate.

Tuvo una vida tremendamente intensa. Removió cimientos, fue guía, revolucionario, hizo milagros, sanó dolencias y almas, habló de amor. Sabido era que, en su época, esto llevaba a una muerte segura. Sin embargo, el grado de virulencia y desprecio con que fue ejecutado no era parte del plan. Al menos no del plan de Dios. Qué clase de padre podría requerir tal sacrificio de un hijo.

Allá estaba, bajo la lluvia, su cuerpo de hombre desangrándose sobre aquella cruz. El dolor se hacía insoportable, eterno, desgarrador. Todo su torso estaba completamente llagado por las heridas de las torturas previas. Las espinas de la corona con la que fue humillado se insertaban en su cráneo, como decenas de agujas ávidas de transgredir hacia lo más profundo. Ya no lograba ver con claridad, pero aún intentaba sentir la presencia de su madre, ahí, a los pies de la cruz.

—¡Mamá! Mamá, no me abandones... —aquel hombre inmenso, espiritual, se sentía tan despojado y desvalido; como a un niño pequeño el hilo de voz le brotó, como un niño asustado bregando por el regazo materno.

—Aquí estoy, ¡aquí! No, no, nunca te abandono... —la voz de María tembló, sabiendo que en realidad no estaba pudiendo hacer nada para salvar a su hijo de aquel terror.

Jesús suspiró, aliviado de escuchar la voz que en infinidad de ocasiones lo había acurrucado.

Recordó su niñez, su juventud; las vicisitudes de su vida, tan peculiares y que tanto removieron. Pensó en sus protectores, y una gran compasión por ellos lo inundó: seguramente estarían sintiendo que le habían fallado.

Sabía que había logrado entregar su mensaje, pero, a su vez, sabía que fácilmente sería malinterpretado y tergiversado; usado para otros fines, como un instrumento de poder más, de control. Lo sabía, y sabía que eso también era parte del precio a pagar. El mensaje había sido entregado, y también tenía la certeza de que había ojos para verlo y oídos que podían escucharlo. Con eso sería suficiente.

El aire se oponía a entrar a sus pulmones. Sus compañeros de calvario ya habían muerto. Sin embargo, él estaba hecho para resistir: su vitalidad impregnaba cada una de sus células, soporte de aquel espíritu enorme, seguramente el más luminoso que encarnó en este mundo. Hasta el más fuerte de los guerreros habría expirado ya, impedido de soportar tal sufrimiento; cualquiera se hubiera rendido, soltando el último aliento. Pero él amaba su vida, amaba su gente, amaba su lugar. Hasta fue capaz de amar a sus propios verdugos.

Las mujeres que aún permanecían al pie de la cruz no habían parado de llorar y rezar. Junto a ellas, se encontraba Juan el apóstol y Lázaro, el entrañable amigo de Jesús. A la distancia, dos figuras se recortaban en la penumbra, presenciando aquella escena macabra.

Los guardias se ponían impacientes. La lluvia no cedía, y la noche sutilmente amenazaba con caer sobre el horizonte. No se percibía ya signo de vida alguno en aquel crucificado. Debían cerciorarse de que por fin podían dar por terminada la condena.

Longinos, uno de los soldados, tomó una lanza y la enterró en el costado del cuerpo de Jesús, con la intención de dar el golpe de

gracia, si así fuera necesario. En ese instante cósmico, se hizo un brevísimo silencio... La tierra misma contuvo el hálito, y, al soltarlo, un relámpago furioso estalló fulminando el cielo.

Estaba hecho.

Un nuevo tiempo se iniciaba: un tiempo de persecuciones y de muertes, un tiempo de más oscurantismo y de sombras. Había mucho trabajo por hacer, muchos siglos por delante para que esa semilla, sembrada en aquel entonces, pudiera germinar.

2

Fuego

En medio de una espesa bruma en el campo, se entrecruzan espadas en el aire. Los cuerpos danzan al son del combate: giran, vuelan, resisten, bloquean, asestan la estocada. Algunos caen aniquilados; otros se arrastran, pretendiendo evadir un destino inminente. Retumba el choque de metal entre quejidos y gritos de muerte. Uno de los guerreros, el más hábil, está desequilibrando esta batalla. Es implacable, y sus movimientos son notoriamente más rápidos que los del resto. De pronto, se le presenta un nuevo contrincante, el cual le ofrece una pelea pareja y exigente. El guerrero se esfuerza al máximo por mantener el ritmo, pero falla en uno de sus movimientos, y recibe un corte en uno de sus brazos.

Ignacio se despierta sobresaltado. Está bañado en sudor y le duele muchísimo su brazo izquierdo. Instintivamente se lo toca y bajo su mano siente la caliente humedad de la sangre. Por fortuna, el corte no es muy profundo. Esta vez no tendría que ir a la puerta de emergencias a dar explicaciones, podría curarse él mismo.

Se levanta y va al baño donde tiene un botiquín de mano con gasas y materiales de curación, siempre listo para usar. Se desinfecta el brazo y se improvisa un vendaje sobre la herida.

Ignacio vive solo en un apartamento reducido. En la sala-comedor tiene una mesa de dibujante, con diversos papeles y colores. Se sienta allí y, como si estuviera bajo un trance hipnótico, se enfrasca

en dibujar las escenas de su reciente sueño: la bruma del campo, las espadas que se cruzan, los cuerpos caídos, la sangre, el guerrero que es herido en su brazo izquierdo.

Se entrega con pasión a su dibujo; la obra nada tiene que envidiar a la de cualquier dibujante profesional, su técnica es perfecta, su devoción por la pintura se devela en cada trazo.

Como toda práctica que emerge del alma, Ignacio deja de prestar atención al paso del tiempo. No se percata de que, allí fuera, el día comienza a despuntar. Cuando por fin termina su dibujo, mira la hora y se sobresalta al darse cuenta de que ya es tarde. Se apresura a vestirse, se peina con las manos, apura un vaso de jugo de naranja y sale rápidamente.

Llega al edificio donde trabaja, la central de un conocido banco local. Sube en el ascensor hasta el piso donde está su oficina. Al salir del ascensor y caminar por uno de los pasillos se encuentra con su jefe.

—Buenos días —saluda Ignacio.

—Buenas tardes, diría yo —le responde el jefe—. ¿Otra vez te dormiste? Vamos a tener que regalarte un buen despertador para tu cumpleaños.

—Le pido disculpas, tuve una mala noche... —explica Ignacio, sabiendo que desde hace tiempo está en falta—. No volverá a ocurrir.

Su compañero, Matías, está en su escritorio, trabajando en la computadora. Todas las computadoras están encendidas y están corriendo un proceso a la par.

—¿Qué hacés, loco? Pah, qué carita que tenés... ¿Qué te pasó anoche, te visitó Drácula? —bromea su compañero.

—Pah, ni me digas... Tuve otra pesadilla y casi no pude dormir. Estoy hecho pelota —responde Ignacio mientras, a sus espaldas, Matías y el jefe se miran con complicidad.

Ignacio va a servirse café, al momento en que recibe un mensaje de texto al teléfono celular: «No temas, la ayuda llega pronto». Lo lee indiferente, pensando que seguramente quien mandó el mensaje se ha equivocado de destinatario.

Recién cuando se va a sentar en su escritorio percibe que Matías y su jefe lo están observando con desconfianza. Ignacio se siente incómodo y nota que algo está pasando. Mira a la computadora, que está corriendo una transferencia bancaria.

Sin comprender qué está sucediendo con exactitud, pero con la fuerte intuición de que debe retirarse de allí cuanto antes, Ignacio se levanta de su escritorio, a la vez que el jefe comienza a hacer una llamada telefónica.

—Ya vuelvo —balbucea Ignacio, sin saber en realidad qué decir ni qué hacer.

—Con el comisario Fernández, por favor, es urgente... —se escucha la voz del jefe al teléfono.

Ignacio sale de la oficina y sin pensarlo se mete en el ascensor. A pesar de que presiona el botón de planta baja, el ascensor, en lugar de descender, comienza a subir a toda velocidad.

Ignacio se pone muy nervioso. El ascensor se detiene repentinamente, y las puertas se abren. No se ve nadie de frente. Ignacio asoma la cabeza fuera del ascensor y escudriña hacia los costados: tampoco ve a nadie. Nuevamente aprieta el botón de planta baja. Cuando están por cerrarse las puertas, se abren de improviso e ingresa un hombre, que solo se remite a mirarlo. El ascensor desciende, pero se detiene antes de llegar a la planta baja. Ignacio está bastante alterado, tratando de contener su nerviosismo. El hombre que lo acompaña aparece imperturbable. Las puertas se abren, dejando ver a dos efectivos de seguridad que vienen corriendo por el pasillo hacia el ascensor. El hombre misterioso levanta su mano, y los dos hombres son impelidos con fuerza hacia atrás, golpeándose contra la pared del fondo. Las puertas del ascensor se cierran bruscamente, y llegan hasta la planta baja. Cuando las puertas vuelven a abrirse, aparecen varios policías, quienes ni siquiera registran la salida de Ignacio y su acompañante, como si fueran invisibles, y logran salir del edificio sin más inconvenientes.

—No te asustes. Ya no te van a agarrar. Seguí caminando conmigo —habla por fin el hombre.

—Pero... ¿qué pasó? Yo no hice ningún chanchullo, no entiendo... —le contesta Ignacio, confundido.

—Quieren implicarte en una estafa, quieren encerrarte. Pero llegaron tarde.

—¿A mí? ¿Encerrarme a mí? —Ignacio se ríe nerviosamente—. ¿Y a quién molesto yo?

—Ya lo vas a saber. Todo a su tiempo —responde enigmático el sujeto.

—¡Ah, no!... Vos me vas a querer encerrar pero en un manicomio. Si no te tomaste tu pastilla es tu problema, yo ya tengo mi propia locura.

Atina a dar media vuelta para irse, cuando el hombre lo sujeta por el brazo con fuerza. Ignacio hace un gesto de dolor.

—Duele, ¿cierto? Esa marca de fuego es de hace unas horas apenas, ¿verdad, Nogard? —Por primera vez el hombre esboza una gran sonrisa.

—¿Cómo...? ¿Cómo sabés...? ¿¡Quién sos vos!?! —exclama Ignacio, asombrado.

—¿Qué pasa cuando los sueños comienzan a convertirse en realidad? O mejor dicho, los sueños, tal vez, sean una forma de conectarte con tu destino.

El hombre comienza a caminar nuevamente.

Ignacio también reanuda la caminata, pero su mente queda suspendida en el éter. Ese extraño conoce sus secretos, conoce su mundo interior. Sabe algo de sus sueños, está enterado del corte en su brazo... no puede ser, tiene que ser casualidad... Su lógica busca una salida, quiere evitar desesperadamente el camino hacia la locura: creer en una dimensión de poderes invisibles es una tentación demasiado grande para él con un enorme precio a pagar. En esta etapa, se ha aferrado a lo más terrenal de su vida, como una tabla de salvación, y a su vez, poco a poco se ha ido convirtiendo en un espectro de sí mismo. Su chispa se apaga cada día, su personalidad se torna cada vez más pesada, más presa del hastío, de la desesperanza.

Quizás..., quizás... sí hay más de lo que se puede ver y tocar... Quizás, él sí puede hacer algo extraordinario. Automáticamente, al vislumbrar ese umbral, tan conocido por él, donde más allá existe un mundo fabuloso en el cual se respira la magia y se lucha por el honor, vuelve a sentir aquel pavor.

Recuerda esas paredes grises, esos llantos, las voces perdidas, las jeringas y el frío de los pasillos. Cuando finalmente logró salir de aquel lugar, se juró a sí mismo que jamás volvería a pisar un sanatorio psiquiátrico. No podía ocurrir otra vez. No podría soportarlo.

Pero el misterioso hombre sigue ahí, caminando junto a él, no se ha esfumado... no parece ser producto de su imaginación. Y conoce ese nombre... Sobre todo eso, ¡conoce ese nombre! Nogard: en sus sueños ese es su nombre, en sus sueños él es ese guerrero llamado Nogard... y nunca se lo ha dicho a nadie.

Su instinto de supervivencia actúa, debe protegerse.

—No entiendo un carajo lo que pasa en esos sueños de mierda. Lo que sé es que me dejan alterado, no puedo dormir, y voy a perder mi trabajo si sigo así.

—En breve no vas a necesitar más tu trabajo. Pero no te preocupes, no lo vas a perder. Todo se arreglará —asevera el extraño hombre.

—Ah, mirá, no voy a necesitar mi trabajo. ¿Tengo algún pariente millonario por ahí que me deja una herencia? O ya que sabés tanto, ¿me vas a pasar los números del cinco de oro?

El hombre se sonríe, y le responde atravesándolo con la mirada:

—Te voy a pasar los códigos de tu misión. Estás acá para eventos más trascendentes que pasar todo el día metido en esa oficina. Sos más que eso, lo sabés. Sos mucho más de lo que sos ahora.

Ignacio se siente completamente apabullado. En su fuero más interno, lo sabe. Sabe que su vida está destinada a algo extraordinario. Por más que se empeñe, no encuentra ningún sentido a una vida simplemente mundana; le produce desprecio la superficialidad, la banalidad. Pero sus ansias de trascendencia lo han con-

ducido demasiado lejos, de sí mismo y del mundo circundante; tanto así, que ha estado al borde de la cornisa de perderlo todo... perdiendo la cordura.

Sin darle descanso, el hombre agrega:

—Sobre quién soy... Siempre me divierte tanto el asunto de las presentaciones. Soy Questor, el mago.

—¿El mago? —Ignacio suelta una carcajada nerviosa—. Te estaría faltando la barba blanca, la capa y el gorro en punta con estrellitas. Dejate de joder...

No bien termina de pronunciar esto, le vienen a la mente las imágenes recientes de lo ocurrido en el ascensor, los hombres que salieron despedidos hacia atrás, y cómo pudieron salir del edificio del banco entre policías sin llamar la atención, cuando era a él mismo a quien buscaban. Algo hay... Algo en ese hombre resulta muy por fuera de lo común... Un mago... ¿Sería posible eso? No, no puede ser, todo eso es un disparate... No puede entrar en ese juego.

Questor, el mago, se limita a esbozar una media sonrisa.

—¿Se puede saber adónde estamos yendo? Hace rato que me tenés caminando, es una locura todo esto —pregunta Ignacio, tratando de desviar su atención.

—Caminar es un buen hábito. Deberías hacerlo más seguido, a ver si te ponés un poco más en línea —Questor repite la misma media sonrisa, y lo mira de reojo.

Claramente Ignacio se perturba con ese comentario, justo ese asunto lo tiene a mal traer. Desde su ruptura de pareja, ha dejado de prestarle atención a su cuerpo, y ha acumulado un sobrepeso que ya sobresale en su imagen. Está ocultando su desasosiego, su falta de amor y su frustración en el exceso de calorías y un evidente engrosamiento de su figura. De vez en cuando, se mira en el espejo y le da mucha rebeldía consigo mismo, empieza un plan de ejercicios físicos, comienza a controlarse con las comidas, pero ese esfuerzo se esfuma en pocos días. No logra sostenerlo. No existe una verdadera motivación.

—Ya estamos por llegar —comenta el mago, cambiándole nuevamente el foco de atención para sacarlo del pozo emocional ante el dilema con su cuerpo.

Questor abre una pequeña puerta de metal, invita a pasar a Ignacio, y la cierra tras de sí. Un largo corredor se extiende ante ellos. Lo recorren y luego ingresan a una gran sala.

—Bienvenido —le dice Questor.

Ignacio siquiera logra contestar, queda petrificado con lo que ve en esa sala: un hombre entrenando con una catana, un sable japonés. Sus movimientos son perfectos, su técnica, su actitud, ¡no puede creer lo que está viendo! Queda boquiabierto, absorto, mirando deslumbrado la destreza de aquel sujeto; jamás había visto alguien en vivo blandiendo así una espada.

—Se despiertan emociones, ¿verdad? —Questor lo incita con una gran sonrisa.

—Faaa..., es como estar metido en *Kill Bill*... ¡Increíble cómo se mueve! —responde Ignacio con la fascinación de un niño.

Luego de unos minutos, el hombre da por concluidas las formas con su espada, la envaina y se dirige hacia ellos.

—Nogard, te presento a Aarón —Questor no disimula su regodeo, sabe que a Ignacio le produce un golpe en la conciencia que utilice ese nombre.

—Hola, soy Ignacio —intenta corregirlo.

Aarón se limita a hacer una sutil reverencia con la cabeza.

—Por fin, se encuentran los dos polos: Tierra y Fuego. Un gran momento —Questor se sonríe complacido.

—¿Qué? —pregunta Ignacio, sin entender.

—Mi querido Aarón, podés explicarle al muchacho, por favor —pide Questor, deleitándose con la situación.

—Vos y yo somos Pendragones. Yo soy el Pendragón de la Tierra, y vos el del Fuego. Vos sos el guerrero más poderoso que existe en este mundo... se supone —Aarón le da una mirada de arriba abajo. Es claro que Ignacio no está teniendo el porte de ningún guerrero... ni siquiera del peor.

El cuerpo de Aarón es una escultura humana casi perfecta: fuerte, con todos sus músculos trabajados y marcados. Es evidente que el entrenamiento físico ocupa un lugar fundamental en su vida.

—Me estás jodiendo... —le responde Ignacio, comenzando a molestarse—. ¿Vos me trajiste acá para que el Conan este se burle de mí? ¿Te parece gracioso? —inquire a Questor.

—Tranquilo, Nogard. No se está burlando.

—¡Ignacio! ¡Me llamo Ignacio! Terminala con llamarme así. Mirá, por hoy fue mucha locura junta... no sé qué es lo que están tramando pero ya no me da la cabeza, me voy.

Realmente se está sintiendo confundido con la sucesión de eventos de la mañana.

Aarón mira a Questor preguntándole con un gesto si debe hacer algo. El mago le responde con una seña, levantando la mano, como que no hay nada de qué preocuparse.

Ignacio voltea y recorre el corredor en dirección a la puerta de salida. Tras unos pasos, y sin dejar de caminar, irónicamente le grita a Aarón:

—Está bueno el truquito de la espada, se ve que te preparaste bastante. Pero van a tener que agarrar otro gil que se crea la bobada esa de los Pendragones.

En el momento en que va a tomar el picaporte de la puerta para abrirla y salir, este gira y la puerta se abre desde fuera. Ignacio queda desconcertado.

—¿Cata?! ¿Qué hacés acá?

Una joven, delgada, muy bonita, está entrando; una joven a la cual Ignacio conoce muy bien.

—¡Hola, primo! ¡Qué bueno encontrarte! —le dice alegremente, y le da un fuerte abrazo.

Al instante, Ignacio comienza a sentirse más tranquilo. Catalina siempre ha tenido esa maravillosa habilidad de calmarlo, con sus abrazos, sus palabras, o simplemente con su sola presencia.

—Mi vida, ¿qué hacés acá? —repite Ignacio—. No me digas que esta manga de locos te agarró a vos también...

Catalina se sonríe dulcemente. Es una muchacha sencillamente tierna.

—No son una manga de locos. Me salvaron la vida. Vení, vamos para adentro —lo toma de la mano, y lo conduce otra vez por el pasillo hacia la sala.

Catalina abraza a Questor y a Aarón. Le hace un gesto a Ignacio para que se siente con ella sobre unos almohadones en un rincón de la sala. Ignacio se acomoda, observando receloso a los hombres; pero el hecho de que su prima esté involucrada con ellos le genera un espacio de confianza y, sobre todo, de mucha curiosidad.

—Nacho, ¿te acordás del accidente? —le pregunta su prima.

—Sí, obvio que me acuerdo, cómo me voy a olvidar... Fue tremendo.

—Bueno, no fue un accidente —afirma Catalina, en tanto la cara de Ignacio se transfigura—. Fue intencional.

—¿Me estás diciendo que el sorete del camión te quiso pasar por arriba? Ya sabía que había algo raro en ese tipo... Ese cuento de que no se acordaba qué hizo en ese momento ni qué le pasó..., ¡qué hijo de puta! —a medida que Ignacio recuerda se va enfureciendo...

—Era cierto, no se acordaba. No mentía —le contesta Catalina.

—Pah, Catita... no estoy entendiendo... Tengo la cabeza muy entreverada hoy, estoy teniendo un día bastante... raro...

Questor decide intervenir en la charla.

—El conductor del camión fue simplemente el medio con el que se ejecutó ese plan. Su voluntad fue tomada por un momento, que fue suficiente para provocar ese «accidente».

—¿Su voluntad fue tomada...? Decís que el tipo... ¿estaba poseído...? —Ignacio larga una carcajada—. Ay Catita, no podés creerte esa barbaridad...

Aarón se fastidia. La incredulidad de Ignacio lo está cansando.

—Decime una cosa, ¿qué tiene de barbaridad eso? ¿Te resulta muy disparatado que un hombre común y corriente sea utilizado por las fuerzas de la oscuridad para intentar un atentado contra la

vida del Pendragón del Agua? Cómo se nota que tuviste una vida normal, criado por tus padres, tuviste novia, trabajás en un banco. Yo nunca tuve nada de eso. Fui criado por un maestro oscuro, y sé muy bien lo que son capaces de hacer. Te volaría la cabeza ver una centésima parte de eso.

—Tierra, paciencia. Hay que darle tiempo —intermedia Questor.

Lo que Ignacio está escuchando sigue chocando contra su lógica. Aún no puede bajar las defensas. El riesgo es muy alto. Sin embargo, su prima está ahí... como sea, ella está involucrada en todo esto. Una frase de Aarón le queda resonando en la mente...

—¿... el Pendragón del Agua...? —repite Ignacio, y la mira a ella.

Catalina se limita a asentir con la cabeza.

Los árboles ya habían comenzado a perder las hojas. Un colchón de hojas caídas, ocres, marrones, amarillas, alfombraban el patio de la escuela. El otoño se había instalado sobre la ciudad de Montevideo.

Ignacio tenía nueve años. Era un niño muy soñador, su imaginación se disparaba permanentemente y componía historias que luego contaba a sus compañeritos como si fueran ciertas, en las cuales él siempre era el héroe.

Su único amigo verdadero, Joaquín, era un niño tímido y retraído, que usaba gruesos lentes. Él siempre escuchaba atentamente los relatos de Ignacio, se divertía y emocionaba con ellos.

Los demás niños, al principio, no le prestaban mucha atención. Luego, algunos de ellos comenzaron a burlarse de sus historias, una burla que estaba subiendo de tono y a la cual se estaba sumando prácticamente toda la clase.

Ese día, en el patio, Ignacio estaba con su amigo Joaquín, en medio de un vuelo de su imaginación.

—El suelo estaba lleno de peligros, de serpientes que salían de las rocas —decía Ignacio señalando las hojas secas. Joaquín escuchaba absorto.

—Allá lejos, estaba el castillo... Y yo era el dragón...

De repente, una risotada resonó en el aire. Ignacio se giró y vio a Andrés, uno de los líderes de su clase, que se había acercado sigilosamente para espiar su relato.

—¡Oh! ¡El dragón! ¡Cuidado con el dragón! —se mofaba Andrés, sarcástico, tocándole la cabeza.

Los demás niños se congregaron alrededor de la escena, riéndose de la sátira de Andrés. Algunos se sumaban haciéndole mímica, mostrando garras como si fueran dragones; otros rugiendo, poniendo caras feroces.

—¡Miren al dragón! ¡El dragón que escupe fuego!

Andrés no estaba desperdiciando oportunidad para mofarse de Ignacio, ya se estaba volviendo algo habitual en cada recreo.

Pero ese día, ese mismísimo día, el niño soñador e inocente se conectó con una faceta oculta de su ser... Su paciencia se terminó.

Nadie se percató, entre tanta carcajada y burla, que los ojos de Ignacio dejaron de brillar. En sus ojos oscuros una emoción estaba dejándose ver, y estaba creciendo, tal como crepita el fuego cuando es avivado: la ira.

Todo fue en cuestión de segundos.

En un instante, Andrés estaba tirado en el piso, siendo sujetado y apretado en su cuello con furia por unas manos de niño con la fuerza de un hombre. El rostro de Ignacio se había desencajado, la cólera lo había transfigurado. Andrés sintió terror, verdadero terror, sintió que la vida se le estaba yendo... no podía moverse ni un ápice, no podía respirar, se ahogaba presenciando esos ojos poseídos por la rabia.

Un griterío generalizado alborotó el centro del patio. Las maestras, sin entender qué estaba ocurriendo, salieron corriendo hacia allí.

Catalina instintivamente dejó de jugar con sus amigas y también corrió hacia el tumulto; abriéndose paso llegó frente a su primo. Sin siquiera pensarlo, se precipitó a llamarle la atención con un grito desesperado:

—¡Nacho! ¡Nacho, no!

Al escuchar esa voz, levantó la vista y la vio. Vio la angustia en su rostro.

Al instante, fue como si un bálsamo hubiera atravesado su furia y le llegara directo al corazón. Titubeó... sorprendido de lo que le estaba ocurriendo... miró a Andrés, estaba al borde del sofoco, a punto del desmayo...

Los amigos de Andrés aprovecharon el momento y se abalanzaron sobre Ignacio para sacarlo de encima de su amigo.

Catalina corrió a abrazarlo. Toda la ira de Ignacio se aplacó súbitamente; abrazó con fuerza a su prima y se largó a llorar. Quizás por primera vez, había atisbado su instinto asesino.

Quizás por primera vez, había sentido, dentro de sí, un tenue destello del poder del dragón.

—Ellos me rescataron en el momento justo. El auto era un amasijo de fierros. Cuando el camión nos chocó, dimos varias vueltas... Dahi murió al instante... —la voz de Catalina se entrecorta.

—Tendríamos que haberlo sabido unos minutos antes. Pero lo planearon muy bien. No pudimos evitar la muerte de Dahiana —acota Questor.

—Íbamos al ensayo de una nueva obra de teatro. Estábamos muy entusiasmadas, hablando del libreto, de cómo preparar los personajes... De pronto, ese golpe bestial... Ella toda ensangrentada... Lo último que recuerdo es ver a Questor allí, parado fuera, y con un movimiento de su espada cortando los metales del auto. Entonces, me desvanecí...

—Teníamos que rescatarla cuanto antes. Había un francotirador esperando el momento, por si quedaba ella viva. De él se encargó Aarón —alega Questor, sin intención de entrar en más detalle.

Ignacio está conmocionado. Su mente lógica se está desesperando. Lo quiera aceptar o no, ciertamente algo fuera de lo común está ocurriendo. Dentro de sí, una puerta que había clausurado algunos años atrás está queriendo volver a abrirse. Siente un res-

plandor de luz tras ella, una esperanza, un propósito; sobre todo eso: un propósito.

Sin embargo, otra parte de su ser está intentando impedir a más no poder que esa puerta ceda. El espanto vivido ha causado gran mella en su alma.

—Ya vamos a ir explicándote más. Por hoy, ya fue suficiente. Andá para tu casa a descansar, tratá de no pensar mucho. Te esperamos mañana de tarde por acá.

Questor libera a Ignacio, sabe que por ese día ya no podrían avanzar más. Él necesita integrar todo lo que ha ocurrido en esa mañana. Necesita estar tranquilo y solo.

—Sí, mejor, porque estoy bastante aturdido... ¿Y mi trabajo!? ¿Mañana...? ¿Qué hago?

Repentinamente recuerda el disparador que lo ha llevado hasta allí.

—Va a estar claro mañana que no tuviste nada que ver con ese intento de estafa. Gente hay encargándose de eso ahora. Andá tranquilo a trabajar. Y podés ir tranquilo para tu casa también, nadie te va a ir a buscar ahí. Estás protegido —dice el mago con seguridad—. Aarón te lleva hasta tu casa.

—No, no. No es necesario —replica Ignacio.

—Creeme que sí. Es mejor así —insiste el mago, y le extiende la mano.

Ignacio le corresponde, y estrecha su mano. Una súbita sensación de confianza lo reconforta.

—Seguime —le indica Aarón.

Recorren el pasillo, hasta llegar a una abertura que está a mitad de camino antes de alcanzar la puerta de salida a la calle.

Aarón toca un interruptor para iluminar el espacio y permitir ver una imponente motocicleta Ducati. Ignacio la observa impresionado; no sabe mucho de motos, pero sí se puede dar cuenta de que esa es de gama alta. Debe valer una buena cantidad de dólares. Con la misma cara de impresión, mira a Aarón. Este se encoge de hombros.

—Regalo de mi maestro cuando cumplí los dieciocho.

